

Y las dos sillas, que complementan
 Todo el mueblaje de aquella estancia.
 La blanca toca de las novicias
 De hermosa joven cubre la cara,
 Gruesos sayales visten su cuerpo,
 Risa inocente, como es su alma,
 Juega en sus labios, puros y tiernos
 Cual de sus ojos son las miradas.
 Contempla al Cristo lleno de heridas,
 Y coronada
 Por las espinas la hermosa frente,
 Que el sol le presta su viva llama,
 Dice la niña con grato acento:
 «Bendita enseña de fe cristiana,
 «Fuente de vida, bálsamo dulce,
 «Tú solo curas males del alma.»

V. GUIRAO,

EL AMOR HERMOSO.

Cuando de Vénus matutina estrella
 sale en oriente, aurora de la Aurora,
 derramando en los rayos que destella
 la claridad del alba precursora,
 yo dormido ó despierto pienso en ella,
 y ella no sé quien es aunque la adora
 mi alma conturbada y dolorida
 como al amor hermoso de la vida.

En las noches larguísimas de hastío,
 helado el corazón, premioso el pecho,
 es un infierno el infecundo frío,
 del tormento de nieve de mi lecho.
 No hay corazón que lata junto al mío,
 es triste cárcel el paterno lecho,
 sola chisporrotea y maldecida
 la lámpara de amor siempre encendida.

En esta soledad desventurada,
 negra la sombra, esfínje se condensa,
 imagen de una vida disipada,
 de torva faz y de mirada intensa:
 habla con lengua seca y acerada
 lo que el remordimiento siente y piensa:
 «Es el hermoso amor, dice, el consuelo
 que Dios manda á los hombres desde el cielo.»

Y del sueño, escondido, en los vapores,
 modesta, pura, virginal la veo;
 misterioso ideal de mis amores,
 dulce raudal del fuego del desco;
 vestida de alba luz, ceñida en flores
 de otro mundo mejor ángel la creo,
 ay! cómo la amaria en grata calma
 luz de mis ojos, alma de mi alma.

Cuántas veces ¡muchísimas! soñando,
 de esperanza esa voz sonó en mi oído,
 y al llegar á mi alma su eco blando
 se ensanchó el corazón desfallecido;
 soñar amores y vivir penando
 es el placer del hombre redimido,
 es gozar de delicias inefables
 rotos del cuerpo los inmundos cables.

Vese allí á la mujer, siendo la vida,
 radiante de virtud, que es su belleza,
 con mística paloma suspendida
 que derrama el amor en su cabeza,
 envidia de la tierra, bendecida

del cielo en su candor y en su pureza,
 en cuyo ardiente seno se reposa
 que es amiga y amante, que es la esposa.

Sueño que estoy enfermo, y á mi lado
 es el ángel de guarda que no duerme;
 los surcos de su llanto ha disipado
 por que su afán no pueda entristecerme:
 la amarga medicina que ha probado
 con sus labios de miel, dulce ha de serme,
 y no inunda de lágrimas mi cara
 por saber que su pena me matara.

O, sentada á mi lado, entre el murmullo
 de besos y de cantos celestiales,
 duerme á mi hijo con suave arrullo
 al calor de sus pechos maternales:
 rosa de abril que nace su capullo
 parece entre blanquísimos cendales
 y postrado á sus piés me regocijo
 en ver sus ojos y besar mi hijo.

Perfuma aquella flor toda mi casa
 y exhalan vida, que mi pecho alienta
 fuego de amor despiden que no abnasa
 que alegra el corazón y lo calienta,
 nace á sus piés en linfa nunca escasa
 la fuente de la fe que me alimenta,
 los dos ofrecen dicha perdurable
 ella por amorosa, él por amable.

Embevecida el alma de esta suerte,
 no despertar jamás, eso quisiera,
 que fuera su soñar eterna muerte,
 y que tal ilusión no concluyera,
 que aunque tal vez el cuerpo frío, inerte,
 gime impotente y débil desespera;
 de livianos placeres sin memoria
 está el alma á las puertas de la gloria.

Que si la gloria es dicha y es ventura
 y es del alma placer eterno y puro,
 soñar sin mancha débil criatura
 que esposa y madre, en mágico conjuro,
 nos salva de su amor con la dulzura
 y nos conduce al inmortal seguro,
 no es soñar, es saber que despertamos
 muriendo en ese cielo que soñamos.

Ven, sueño de mi amor, mi compañera,
 retardar mi ventura más no esperes,
 que una inquietud mortal en lucha fiera
 me acibara la vida y sus placeres;
 decirte, Virgen mía, yo quisiera
 bendita tú entre todas las mujeres,
 y bendito este lecho de dolores
 que tu has de hacer altar de mis amores.

Así me anuncia el corazón el día,
 y es que en sueños mi espíritu amanece
 de doble noche de afrentosa orgía
 en las que el corazón sufre y padece:
 con la luz amanece la alegría,
 y á mis ojos pesados se aparece
 en sueño y realidad, que adoro ansioso
 la hermosa Virgen del Amor Hermoso.

J. M. TORNEL.

